

Leer y escribir: patria de los apátridas, salvavidas de los náufragos, medicina para las heridas del alma¹

Rocío Arocha Romero

En *El infinito en un junco* Irene Vallejo (2021) nos presenta, además de la fascinante historia de los libros, la función que estos han tenido a lo largo del tiempo, para la humanidad en general y para muchos de nosotros en particular: los que leemos, los que escribimos. Los que conocemos tan bien las cualidades curativas de sumergirnos en las historias y navegar los ríos del corazón humano.

Desde que se inventó, el lenguaje ha sido una de las herramientas indiscutibles para la comunicación, para la socialización, para la creación del conocimiento, para la transmisión de información, y también, desde luego, para la elaboración de lo traumático. Sabemos desde el psicoanálisis que todos los individuos estamos expuestos al dolor, al impacto de los acontecimientos que nos rebasan y que eso es justamente lo traumático. Los autores franceses del fabuloso primer *Diccionario de psicoanálisis* lo definen de esta manera:

“Acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica. En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo, en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones” (Laplanche, J. , Pontalis, J., 1996)

Al contener tanta energía, lo traumático debe encontrar vías de descarga, para tramitarla. De no hacerlo esos pedazos de hielo que fijan al dolor nos

1 Trabajo leído en la Mesa “En torno de las palabras y el infinito de Vallejo”, en la Sesión Científica de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, el 14 de mayo de 2022, en la Ciudad de México

llevarán a repetir compulsivamente el escenario del terror en una espiral que nos atrapa y nos limita. Hablar de lo ocurrido equivale a encender una llama que derrite ese duro hielo. Hay diversas maneras de elaborar lo traumático, una de ellas, es, por supuesto, la palabra. Freud (1890) en *Tratamiento Psíquico* señala que el tratamiento del alma requiere de recursos que influyen de manera primaria e inmediata sobre lo anímico del hombre y apunta que la palabra es justamente un recurso de esa índole: “las palabras de nuestro hablar cotidiano no son otra cosa que unos ensalmos desvaídos. Pero será preciso emprender un largo rodeo para hacer comprensible el modo en que la ciencia consigue devolver a la palabra una parte, de su prístino poder ensalmador” (p. 115)

Cuando experimentamos dolor, cuando estamos frente a una experiencia nueva, cuando nos conmueve una situación, un paisaje, un lugar desconocido hasta entonces, cuando nos nace un hijo, cuando se nos enferma, cuando conocemos a quién será nuestro amante, cuando lo perdemos, cuando estamos tristes y cuando estamos felices y hasta cuando no sabemos como estamos necesitamos expresarlo y para eso hablamos. También para eso leemos, también para eso escribimos. Vivir es difícil y sin la palabra, ni duda cabe, es más difícil. Los escritores de todos los tiempos nos facilitan la compleja tarea de vivir.

En *El infinito en un junco* Irene Vallejo nos señala, entre muchos otros datos fascinantes, como es que la palabra, ya sea hablada o escrita, nos sirve para digerir, para explicarnos aquello que vemos, aquello que sentimos, aquello que nos ocurre. En su magnífico recorrido por la historia de la palabra escrita, nos lleva desde Egipto con sus papiros hasta la actualidad, recordando aquello que Eco en su *Nadie acabará con los libros* escribiera sobre los inventos que llegaron para quedarse, ya sabemos: la cuchara, las tijeras y los libros que van cambiando de formato, desde las tablillas de arcilla, el papiro, el pergamino, el papel y ahora el digital y que siguen siendo libros. Irene va tejiendo su relato con hebras de su propia historia, con referencias casi infinitas a escritores de todos los tiempos, con agudas observaciones sobre escenas extraídas del cine y de las noticias, con citas de autores contemporáneos y clásicos, convirtiendo a su libro en un inclasificable, como ella misma le llama. Es un ensayo, pero es también una novela. Es una mina para explorar, es una joya de valor incalculable.

Irene no solo escribe, sino que para fortuna nuestra también ha concedido diversas entrevistas, y, tengo que decirlo, habla como escribe, ¿o escribe como habla?, en un tono dulce, romántico, erudito, aderezado

con un manejo impecable del castellano. La podemos escuchar en sus discursos que, a partir de ser galardonada con el Premio Nacional de Ensayo en España, en el 2020 ha pronunciado. Nos dice en sus entrevistas, que en las plataformas digitales como *YouTube* proliferan, de cómo leer y escribir han sido los factores esenciales para sobrevivir no en una, sino en diversas ocasiones a lo largo de su vida. Cuando niña fue sometida al acoso emocional por parte de algunos compañeros -si es que se les puede llamar así- de clase y los libros la salvaron. Más adelante cuando nace su hijo con algún problema de salud, que afortunadamente, según sus palabras, ha sido superado, Irene se avoca a la tarea de escribir este magnífico relato. Estoy cierta de que esta sensación de ser salvada por los libros no es privativa de ella. A muchos de nosotros nos ha ocurrido lo mismo. Cuando niños, hemos podido refugiarnos en la lectura y convertir así nuestro espacio en una especie de burbuja que nos protege del exterior. Somos ejércitos los que nos hemos beneficiado con la literatura. Me cuento entre sus filas como un fiel soldado. No podría concebir mi vida sin ella. Durante mi infancia, fue la biblioteca de mi abuelo, que afortunadamente estaba muy bien nutrida, el mejor resguardo para las amenazas del ambiente. El ejemplar de la editorial Sepan Cuantos, con los cuentos de Grimm reposa hoy, desgastado de tanto leerlo, junto a mi cama, en el librero donde habitan mis autores favoritos. Aquellos que han modelado mi vida. Aquellos que espero releer. También están esperando algunos ejemplares que no he leído y que, como cajas de sorpresas, me asombraran en su momento. Hay que trabajar, hay que socializar, hay que dormir. No siempre podemos leer.

Todavía creo algunas noches que hay un guisante debajo mi colchón, que seré castigada si me como las lechugas del huerto vecino, que encontraré el mapa del tesoro, que se me va a aparecer un duende, que voy a encontrar la llavecita dorada. Todavía espero ver con mis propios ojos el traje nuevo del emperador y probarme la zapatilla de cristal. Temo a las manzanas envenenadas y procuro no dejar a un hada sin invitar, no sea que me duerma por cien años. Por supuesto ya se encuentra ahí, en mi librero, *El infinito en un junco* para cuando se me ofrezca. En mi juventud autores como Balzac con su *Piel de zapa*, Dostoievski con su *Crimen y Castigo*, Zweig con su *Impaciencia en el corazón*, Kawabata y su venganza en *Lo bello y lo triste*, Marai con su *Mujer Justa*, Beauvoir, Camus, Auster y su *Invención de la soledad*, Machado, León Felipe porque me apellido Romero, Benedetti y su *Tregua*, García Márquez, Cervantes y muchos otros poblaron mi mente para ayudarme a atravesar tantos sinuosos caminos bien

acompañada. Los libros han sido siempre mis mejores amigos. Amigos secretos, de esos que sorprenden. Amigos fieles, de esos que siempre están. Amigos incondicionales, de esos que todos queremos. Crecí entre libros y entre ellos quiero vivir. Me ayudaron a criar a mis hijos y me rescataron del naufragio de mi matrimonio. Mi querida Hustvedt con *El verano sin hombres* y otra vez la Beauvoir con su *Mujer Rota*. Siempre conmigo. Durante mi formación como psicoanalista tuve la fortuna de ser analizada por un lector incansable, que es también escritor: el Doctor Juan Vives. Innumerables horas de diván fueron destinadas a hablar sobre literatura con el mejor de los interlocutores en materia de libros. Poder hablarle de un texto y saber que él sabía de lo que yo hablaba fomentó una alianza hoy indestructible. Además, me presentó a Simenon, como no agradecerle. He sido privilegiada, ni que decirlo. Las letras son cobijas, frazadas calientitas para envolvernos en el frío. También para soñar, para imaginar y para llorar, para descubrir como otros, tantos otros han entendido la vida. Cuando la pandemia nos obligó a permanecer más quietos *La peste* y *El amor en los tiempos del cólera* fueron perfectos y solidarios compañeros. Por lo que cuando tropecé, por fortuna, con *El infinito en un junco* me atreví a solicitarle a Vives que escribiéramos juntos algunas palabras en homenaje a nuestra incansable compañera, la literatura.

La zaragozana nos cuenta como es que, en las guerras, en las cárceles y en los campos de concentración ha sido la palabra escrita el bálsamo que lleva a algunos a poner su vida en riesgo con tal de acceder a ella. Entre muchos otros ejemplos, nos conmueve profundamente la historia que nos cuenta del *Goethe en Dachau* de Nico Rost, el traductor holandés que publicó durante la guerra textos de escritores alemanes despreciados por los nazis. Cuando es hecho prisionero en Dachau consigue, con gran dificultad, escribir un diario. Entre algunas de sus frases Irene nos obsequia, generosa como es, la siguiente:

“Quién habla del hambre acaba teniendo hambre. Y los que hablan de la muerte son los primeros que mueren. Vitamina L (literatura) y F (futuro) me parecen las mejores provisiones” (p. 239). La literatura como salvavidas. Para nuestra autora, escribir ha sido el salvoconducto para la denuncia de lo que tuvo que vivir en silencio. Los abusos sufridos en su infancia. Esos malos tratos que no se atrevió a denunciar por miedo a ser una chivata. En sus palabras: “Esas cosas que no se cuentan son precisamente las que es obligado contar. He decidido convertirme en esa chivata que tanto temí ser. La raíz de la escritura es muchas veces oscura. Esta es mi oscuridad.

Ella alimenta este libro, quizá todo los que escribo”. (p. 244). Que ganas de saber qué alimentó a la Yourcenar para escribir su Adriano, que movió a Murakami para *La muerte del comendador* y que comió Santiago Lorenzo para inventar a sus asquerosos, que ganas de conocer Combray.

Para leer es necesario escuchar nuestra voz. Y es entonces que nos convertimos en testigos de nuestra historia. Y sin testigos es imposible elaborar. El reconocimiento del que nos habla bellamente Jessica Benjamin (2012):

“El reconocimiento del daño sufrido, o incluso causado por uno mismo, restablece la posición del testigo que puede soportar el conocimiento de lo que es el dolor. Esta postura es esencial para recrear el sentido de un universo lícito en el que sabemos que algunas cosas no están bien, si bien ocurren. Es increíble lo tranquilizador que resulta y cuanto más cohesionado se siente uno, cuando se valida que nuestro sentimiento es correcto, o que algo mal no está precisamente bien” (p.169).

Cuando nos tropezamos con un relato sobre el miedo en la niñez, sobre las complicaciones en la amistad, las dificultades en la pareja, acerca de la traición o el nacimiento de un hijo prematuro o ¿porqué no? la muerte de un amor - que casi todos hemos vivido y tantas otras experiencias casi inenarrables nos convertimos en el otro: “Es el otro quien me cuenta mi historia, el que me dice quién soy yo” (Vallejo, p. 182).

En su interesante libro Irene nos habla también de las letras que se escriben en nuestro cuerpo, que nos recuerda al *Yo piel* de Anzieu.

“Nuestra piel es una gran página en blanco; el tiempo va escribiendo poco a poco su historia en las caras, en los brazos, en los vientres, en los sexos, en las piernas. Recién llegados al mundo, nos imprimen en la tripa una gran “O”, el ombligo. Después van apareciendo lentamente otras letras. Las líneas de la mano. Las pecas, como puntos y aparte. Las tachaduras que dejan los médicos cuando abren la carne y luego la cosen. Con el paso de los años, las cicatrices, las arrugas, las manchas y las ramificaciones varicosas trazan las sílabas que relatan una vida” (p. 80).

Que interesante poder leer el rostro de los otros, descifrar el significado de sus marcas, adentrarnos en su mundo a través de sus lecturas. “Somos criaturas sedientas de historias” (p. 241). Es cierto. Identificarse con

alguna protagonista, con algún personaje y desde ahí formar nuestro yo. El precipitado, nos dice Freud (1914) de las diversas identificaciones. Que fortuna poseer un pedacito de Borges en su *Elogio a la sombra* o de Shakespeare en su *Otelo*, ya nos dijo Bloom (2008) que fue él quien nos inventó. Cuando Vallejo relata que su madre le leía historias por la noche calmando sus ansiedades surge la necesidad de agradecer a aquellos maestros que nos leyeron un poema invitándonos así a sentir. Irene nos explica de que manera escuchar un relato calmó su ansiedad y aquietó sus a miedos:

“(...) la suave brisa del relato se llevaba todas las preocupaciones del día y los miedos intuidos de la noche. Aquel tiempo de lectura me parecía un paraíso pequeño y provisional -después he aprendido que todos los paraísos son así, humildes y transitorios-” (p. 99).

De acuerdo con nuestra autora, el ritmo cataliza nuestros placeres, el sexo, la danza, la repetición y claro, “también el lenguaje posee infinitas posibilidades ricas” (p. 101). Por eso, insiste:

“Por esa razón llevamos libros con nosotros -o dentro de nosotros- a todas partes; también a los territorios del espanto, como eficaces botiquines contra la desesperanza (...) los libros nos ayudan a sobrevivir en las grandes catástrofes históricas y en las pequeñas tragedias de nuestra vida. Como escribió Cheever, otro explorador del subsuelo oscuro: No poseemos más conciencia que la literatura... La literatura ha sido la salvación de los condenados, ha inspirado y guiado a los amantes, vencido la desesperación, y tal vez en este caso, pueda salvar al mundo” (p.242).

Los ejemplos de la literatura como salvavidas son infinitos, y cabe citar algunos de los tantos que Irene nos comparte: Brodsky leyendo a Auden, Arenas a la Eneida, la Carrington a Unanimo. ¡Que maravilla su *Niebla*! Ni duda cabe: la literatura puede ser el bálsamo eficaz para quienes están sometidos al abuso, al maltrato, a la privación de la libertad. Ya nos dijo la Tamaro que vayamos a donde el corazón nos lleve.

Qué pena sufrimos cuando leemos en *El infinito en un junco* sobre la quema de libros. Tan peligrosos como frágiles, a lo largo de la historia son innumerables los ejemplos de las bibliotecas ardientes, de los libros prohibidos por la Iglesia, entre muchos otros los de Freud. Claro, sin

documentos la historia puede ser alterada. Así, quiénes no quieren que sepamos, quiénes se afanan en ocultar la verdad, quiénes se erigen como administradores del conocimiento destruyen, modifican, alteran, sustituyen eventos por otros, nos cuentan mentiras al estilo orwelliano, queman papeles incendiando bibliotecas en el intento de manipular la historia. Irene también, claro, nos recuerda a Bradbury en su *Fahrenheit 451*. Pobres de aquellos que se creen que se puede prohibir la lectura, de aquellos que no han viajado sin moverse de su casa, de esos que no saben que los cuentos son verdad, que los mitos nos poseen, que las musas nos inspiran y que Schopenhauer nos enseña a amar mejor.

Los libros nos conectan con el pasado, y en la extraordinaria metáfora de Irene, somos funambulistas caminando es ese hilo que nos lleva desde Egipto a Grecia, que sabe inventar su origen con Hesíodo, de ahí a Roma en donde Plotina, la gran amiga de Adriano le señala que una biblioteca es un hospital para el alma y así, cruzando las fronteras del tiempo y del espacio, podemos aprender de aquellos que escriben, que elogian la vida, que elaboran sus traumas, que desahogan sus penas. Podemos aprender a correr con Murakami, a amar con Fromm, a morir con Tolstoi. Podemos saber que se siente cuando una madre se suicida con mi querido Oz en su *Historia de amor y oscuridad*. Podemos despedirnos de un ser amado con *Los pasajeros del jardín* de la Bullrich y podemos reconocernos en la tragedia de Sófocles. Todo eso podemos hacer leyendo. He de confesar que en mis primeros años la lectura fue un refugio, pero también un escape de la realidad. He de confesar también, que gracias a mi trabajo analítico pude asirme de la literatura ya no como sólo para alejarme, sino también para acercarme a los otros. Cuantas veces al conocer a alguien y reconocer sus lecturas lo sabemos de inmediato amigo. Tengo a una amiga que quiere viajar a España a conocer a Irene. Yo pienso que, con conocer su infinito, mi mundo ha sido profundamente enriquecido.

Bibliografía

- BENJAMIN, J. (2012) *El tercero. Reconocimiento*. Clínica e Investigación Relacional, 6 (2): 169-179. ISSN 1988-2939 (Recuperado de www.ceir.org.es)
- BLOOM, H. (2008) *Shakespeare: La invención de lo humano*. Grupo Editorial Norma.
- ECO, U., CARRIERE, J. (2010) *Nadie acabará con los libros*. Editorial

Lumen

FREUD, S. (1890) *Tratamiento psíquico. Tratamiento del alma*. En Obras Completas, Tomo I, Amorrortu Editores, 2010.

FREUD, S. (1914) *Introducción al Narcisismo*. En Obras Completas, Tomo XIV, Amorrortu Editores, 2010.

LAPLANCHE, J., PONTALIS, J. (1996) *Diccionario de Psicoanálisis* (Recuperado de <http://psikolibro.blogspot.com>)

VALLEJO, I. (2021) *El infinito en un junco*. Penguin Random House Grupo Editorial